

EL ÚLTIMO UNICORNIO

PETER S. BEAGLE

INCLUYE UN PRÓLOGO DE PATRICK ROTHFUSS

GRANTRAVESÍA

I



La unicornia* vivía sola en un bosque de lilas. Era muy vieja, aunque no lo supiese, y su color ya no se asemejaba al de la desvaída espuma del mar, sino al de la nieve al caer a la luz de la luna. Sin embargo, sus ojos seguían siendo claros, despreocupados, y sus movimientos aún eran como los de una sombra sobre la superficie del océano.

No se parecía en nada a un caballo cornudo, que es como se suele representar a los unicornios. Ella era más pequeña, biungulada y de un porte antiguo y salvaje del que los caballos carecen, del que los venados conservan una tímida imitación, y las cabras una rampante parodia. Su cuello era largo y esbelto, y hacía que la cabeza pareciese más pequeña de lo que era; y su crin, que se prolongaba hasta casi el centro del lomo, era suave como la pelusa de un diente de león y liviana como un cirro.

* Independientemente de las convenciones lingüísticas, ésta es una obra literaria y de fantasía, de ahí que para facilitar su lectura y ser fieles a la representación femenina del personaje principal por parte del autor, nos hemos permitido la licencia de transformar el sustantivo épico *unicornio* en *unicornia*. *N. del Ed.*

Tenía orejas puntiagudas y finas patas, con penachos de pelo blanco en las cuartillas, y el largo cuerno sobre sus ojos brillaba con su propia luz, temblorosa y nacarada, incluso en las horas más densas de la medianoche. Con él había matado dragones, curado a un rey de una herida infectada imposible de cerrar y cosechado castañas maduras para los oseznos.

Los unicornios son inmortales. Y forma parte de su naturaleza el vivir solos en un único lugar, por lo general un bosque en el que haya una charca lo bastante límpida como para poder verse reflejados en ella, pues los unicornios son algo vanidosos y se saben las criaturas más bellas del mundo, además de mágicas. En raras ocasiones procrean, y no existe paraje más encantado que aquel en el que ha nacido uno de ellos. La última vez que vio a un semejante, las jóvenes vírgenes que aún la buscaban de vez en cuando la llamaron en un idioma distinto; pero, claro, ella no era consciente del discurrir de los meses, los años y los siglos, ni siquiera de las estaciones. En su bosque siempre era primavera por el solo hecho de que ella vivía allí y pasaba el día deambulando entre las enormes hayas y velando por los animales que poblaban el suelo y los arbustos, que habitaban nidos y cuevas, madrigueras y copas de los árboles. Generación tras generación, tanto los lobos como los conejos cazaban y se amaban y tenían descendencia y morían, y aunque la unicornia no hacía ninguna de aquellas cosas, jamás se cansó de contemplar tal espectáculo.

Sucedío que un día dos hombres con largos arcos cruzaron su bosque a caballo, a la caza de venados. La unicornia los siguió; se movió con tanta cautela que ni los caballos se percataron de su presencia. La contemplación de aquellos hombres le despertó una antigua, lenta y extraña mezcla de ternura y

terror. Siempre que podía, evitaba que la viesen, pero le gustaba observarlos cabalgar y escucharlos hablar.

—No me gusta este bosque —gruñó el más viejo de la pareja de cazadores—. Las criaturas que viven donde un unicornio, acaban por aprender a hacer magia, la clase de magia que tiene que ver con desaparecer. Aquí no encontraremos presas.

—Los unicornios dejaron de existir hace tiempo —dijo el otro—. Si acaso existieron alguna vez. Este bosque es como cualquier otro.

—Entonces, ¿por qué aquí los árboles nunca mudan las hojas? ¿Por qué nunca nieva? Te aseguro que en el mundo queda al menos un unicornio... Y ojalá tenga suerte la pobre criatura solitaria. Mientras viva en este bosque, no va a haber cazador capaz de regresar a casa con siquiera un herrerillo en el zurrón. Ya verás, ya. Sé cómo se las gastan esos unicornios.

—Lo sabes por los libros —replicó el otro—. Por los libros y los cuentos y las canciones. En todo el reino de los tres reyes no ha habido ni el mínimo rumor sobre que se haya visto nunca un unicornio. Ni en este país ni en ningún otro. No sabes de ellos más que yo, que he leído los mismos relatos y oído las mismas historias y jamás me he encontrado con uno.

El primer cazador quedó en silencio durante un rato mientras el segundo, malhumorado, silbaba para sí mismo. Pasado un tiempo, el primero dijo:

—Mi bisabuela vio una vez un unicornio. Solía hablar de ello cuando era niño.

—Ah, ¿sí? ¿Y lo capturó con una brida de oro?

—No. No se necesita una brida de oro para atrapar a un unicornio; eso sólo pasa en los cuentos de hadas. Basta con ser puro de corazón.

—Claro, claro... —se burló el más joven—. ¿Lo montó, entonces? ¿A pelo, bajo los árboles, como una ninfa de los albores del mundo?

—A mi bisabuela le daban miedo los animales grandes —dijo el primer cazador—. No lo montó, pero se quedó muy quieta y el unicornio le apoyó la cabeza en el regazo y se quedó dormido. Mi abuela no se movió hasta que el animal despertó.

—¿Qué aspecto tenía? Plinio los describe como muy feroces, con cuerpo de caballo y cabeza de ciervo, pezuñas de elefante y cola de oso, con voz profunda y atronadora y un solo cuerno negro de dos codos de largo. Sin embargo, los chinos...

—Mi bisabuela sólo dijo que el unicornio olía bien. Nunca soportó el hedor de cualquier otro animal, ya fuesen gatos o vacas, y aún menos de uno salvaje, pero adoraba el olor del unicornio. Una vez rompió a llorar mientras me lo contaba. Claro que, por aquel entonces, ya era una mujer muy mayor y lloraba por cualquier cosa que le hiciese recordar su juventud.

—Demos la vuelta y vayamos a cazar a otra parte —dijo de pronto el segundo cazador.

La unicornia se escondió en silencio entre unos matorrales mientras los hombres daban la vuelta a sus caballos, y no volvió a seguir su rastro hasta tenerlos a una buena distancia.

—¿Por qué crees que desaparecieron, suponiendo que alguna vez hayan existido?

—¿Quién sabe? Los tiempos cambian. ¿Dirías que ésta es una buena época para los unicornios?

—No, pero me pregunto si alguien habrá pensado alguna vez que la suya era una buena época para los unicornios.

Ahora que lo pienso, creo que he oído algunas historias... Pero estaba amodorrado por el vino o pensando en cualquier otra cosa. Bueno, da igual. Aún hay suficiente luz para cazar, si nos apresuramos. ¡Vamos!

Salieron del bosque, espolorean a sus caballos al galope y se alejaron. Pero antes de perderse de vista, el primer cazador volvió la mirada por encima del hombro y rogó, como si pudiese ver a la unicornia entre las sombras:

—Quédate donde estás, pobre bestia. Este mundo no es para ti. Quédate en tu bosque, mantén lozanas tus plantas y longevos a tus amigos. No hagas caso a las jóvenes, pues todas acaban convirtiéndose en necias mujeres mayores. Te deseo buena suerte.

La unicornia se quedó quieta en la linde del hayedo y dijo en voz baja:

—Soy el único unicornio que queda.

Eran las primeras palabras que pronunciaba, incluso para sí misma, en más de cien años.

«No puede ser», pensó. Nunca le había importado estar sola y no ver a ningún otro unicornio, porque daba por hecho que había otros como ella y a un unicornio le basta con eso para sentirse acompañado.

—Si todos hubiesen desaparecido, lo sabría. Yo también hubiese desaparecido. Nada puede sucederles que no me suceda a mí también.

Se asustó de su propia voz y quiso echar a correr. Resguió los oscuros senderos de su bosque, rápida y resplandeciente, atravesó súbitos claros de hierba de un brillo insopportable y sombras tenues, consciente de cuanto la rodeaba, desde la maleza que le rozaba las cuartillas a los rápidos destellos de azul y plata del viento al soplar entre las hojas.

—Nunca podría abandonar todo esto, jamás, menos aún si soy el único unicornio en el mundo. Sé cómo vivir aquí, a qué huele y a qué sabe y qué es cada cosa. ¿En busca de qué podría ir sino de esto mismo?

Pero cuando dejó de correr y oyó a los cuervos y el alboroto de las ardillas por encima de su cabeza, reflexionó: «Supongamos que están todos escondidos en algún lugar lejos de aquí. ¿Y si se mantienen ocultos, esperándome?».

A partir de ese momento de duda, ya no pudo estar en paz; desde que por primera vez se imaginó marchándose del bosque, ya no fue capaz de estar en un sitio sin desear hallarse en otro. Trotó alrededor de su charca, inquieta e infeliz. Los unicornios no están hechos para tomar decisiones. Negó, luego afirmó y volvió a negar, día y noche, y empezó a sentir, por primera vez en su vida, cómo los minutos se arrastraban sobre ella como gusanos.

—No me iré. Que nadie haya visto un unicornio en mucho tiempo no significa que se hayan desvanecido. Y aunque así fuese, no me marcharé. Vivo aquí.

Sin embargo, durante una noche cálida se despertó de repente y dijo:

—Sí, pero ahora mismo.

Cruzó su bosque a toda prisa, tratando de no fijarse en nada, de no oler nada ni sentir la tierra bajo las pezuñas hendidas. Los animales que moraban en la oscuridad, los búhos y los zorros y los ciervos, alzaron la cabeza a su paso, pero ella no los miró. «Debo partir cuanto antes», pensó, «y regresar lo más pronto posible. Quizá no sea necesario ir muy lejos. Pero, encuentre a los otros o no, regresaré pronto, lo antes posible.»

A la luz de la luna, el camino que partía de la linde del bosque centelleaba como agua, pero en cuanto la unicornia lo

embocó, alejándose de los árboles, notó lo duro y largo que era. Estuvo a punto de echarse atrás, pero tomó una honda bocanada de aire del bosque, que aún le llegaba, y lo mantuvo en la boca como si de una flor se tratase, tanto tiempo como pudo.

El largo camino conducía a ninguna parte y no tenía final. Atravesaba aldeas y pequeños pueblos, llanuras y montañas, pedregales y prados a los que daba paso la roca, pero no pertenecía a ninguno de aquellos terrenos ni se detenía jamás. Apresuraba a la unicornia, tiraba de sus cascos como la marea, la inquietaba y no le permitía prestar atención a su alrededor como solía hacerlo. Le llenaba los ojos de polvo y le dejaba la crin tiesa y pesada por la suciedad.

En su bosque, el tiempo la atravesaba, pero ahora era ella la que atravesaba el tiempo conforme avanzaba. El color de los árboles cambiaba y a los animales con los que se encontraba les crecía un pelaje grueso que luego perdían; las nubes derivaban sigilosas o aceleraban raudas según el viento cambiante, y eran de color rosa y oro al sol o se volvían lívidas cuando amenazaba tormenta. Allá donde fuese, buscaba a los suyos, pero no encontró ni rastro de ellos, y ni siquiera quedaba ya una palabra que los definiese en ninguna de las lenguas que oyó hablar durante el viaje.

Una mañana temprano, cuando estaba a punto de detenerse para dormir un rato, vio a un hombre que escardaba su jardín. Aun siendo consciente de que debería esconderse, la unicornia se mantuvo en el sitio y lo observó trabajar hasta que se enderezó y se percató de su presencia. Era gordo y sus mejillas se sacudían con cada paso que daba.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Oh, qué hermosa!

Cuando el hombre se despojó del cinturón, hizo un lazo con él y se aproximó a ella tambaleándose con torpeza, la unicornia se sintió más complacida que asustada. El hombre sabía qué era ella y conocía su lugar, el de él, en tal situación: era el hombre que arrancaba nabos y que, de repente, tenía la oportunidad de emprender la persecución de algo que brillaba y que corría más que él. La unicornia esquivó la primera arremetida del hombre como si una brisa la hubiese hecho a un lado.

—Antaño salían a cazarme con campanas y estandartes —dijo—. Los hombres sabían que el único modo de atraparme era hacer de la persecución algo tan maravilloso que alimentase mi curiosidad. Y ni aun así lograron capturarme jamás.

—Debo haber tropezado —dijo el hombre—. Quédate quieta, preciosa.

—Nunca he llegado a entender qué esperáis hacer conmigo una vez me atrapéis —caviló la unicornia mientras el hombre se levantaba del suelo—. Creo que ni vosotros mismos lo sabéis.

—Vale, quieta, tranquila... —El sudor y la suciedad recorrían el rostro del hombre, al que le costaba recuperar el aliento—. Preciosa... —Jadeó—. Yegua preciosa.

—¡¿Yegua?! —La unicornia bramó aquella palabra en un tono tan alto que el hombre tuvo que cubrirse las orejas con las manos—. ¿Yegua? —preguntó—. ¿Me has confundido con una yegua? ¿De verdad eso es lo que ves cuando me miras?

—Caballito bueno —resolló el hombre mientras se apoyaba en la verja del jardín y se limpiaba la cara—. Una vez te almohace y te lave a fondo, vas a ser la yegua más hermosa del lugar. —Volvió a acercarse a la unicornia blandiendo el cinturón—. Te llevaré a la feria —dijo—. Vamos, caballito.

—Un caballo —dijo la unicornia—. Eso es lo que intentabas atrapar. Una yegua blanca y con las crines llenas de abrojos.

Cuando el hombre se le acercó un poco más, ella enganchó el cuerno al cinturón y se lo arrancó de las manos, arrojándolo al otro lado del camino, sobre una parcela de margaritas.

—¿Así que soy un caballo? —resopló—. ¡Un caballo!

Con un solo movimiento se encaró con el hombre y clavó sus grandes ojos en los de él, que eran pequeños y parecían cansados y fascinados. A continuación, se dio la vuelta y embocó de nuevo el camino. Corrió tan rápido que quienes la vieron exclamaron:

—¡Eso sí es un buen caballo! ¡Un verdadero caballo!

Un anciano dijo en voz baja a su mujer:

—Es un caballo de Ayrab. Una vez estuve en un barco que transportaba uno de esos.

Desde aquel momento, la unicornia evitó los pueblos, incluso durante la noche, a no ser que no hubiese vía alguna por la que dar un rodeo. A pesar de sus precauciones, unos cuantos hombres intentaron darle caza, aunque siempre pensando que se trataba de una yegua blanca, en absoluto con la alegría y reverencia propias de la persecución de un unicornio. Se acercaban a ella con cuerdas y redes, usaban terrones de azúcar como cebo y le silbaban y la llamaban «Bess» y «Nellie». En ocasiones, aminoraba la marcha lo suficiente como para que los caballos captasen su aroma y entonces observaba cómo se encabritaban y reculaban y huían al galope, para horror de sus jinetes. Los caballos la reconocían.

—¿Cómo puede ser? —se preguntó—. Podría entender que los hombres simplemente hubiesen olvidado a los unicornios o cambiado tanto que ahora los odiasen y tratasen de

matarlos en cuanto los viesen. Pero no percibirlos siquiera, que vean uno y lo confundan con otra cosa... ¿Cómo deben percibirse, pues, entre ellos? ¿Qué aspecto creen que tienen los árboles, las casas, los caballos de verdad o incluso sus propios hijos?

Llegó a pensar que, si los hombres ya ni siquiera reconocían lo que estaban mirando, bien podría haber aún unicornios en el mundo, desapercibidos y satisfechos con ello. Pero sabía, más allá tanto de la esperanza como de la vanidad, que los hombres habían cambiado, como lo había hecho el mundo, a causa de la desaparición de los que eran como ella. De todos modos, siguió recorriendo el arduo camino, aunque cada día deseaba un poco más no haber salido de su bosque.

Una tarde, una mariposa se despegó tambaleante de una racha de viento y se posó en la punta de su cuerno. Se trataba de un macho aterciopelado, oscuro y terroso, con topes dorados en unas alas tan finas como los pétalos de una flor. Mientras bailaba a lo largo del cuerno, la saludó con sus rizadas antenas:

—Soy un apostador itinerante. ¿Cómo te va?

La unicornia rio por primera vez desde que emprendiese el viaje.

—Mariposa, ¿qué haces fuera en un día tan ventoso?
—preguntó—. Te resfriarás y morirás antes de tiempo.

—La muerte se lleva lo que el hombre querría conservar —dijo la mariposa— y deja aquello de lo que el hombre querría deshacerse. Sopla, viento, sopla y agrieta las mejillas. Por mi parte, me caliento las manos con el fuego de la vida y obtengo un alivio multiplicado por cuatro.

Brilló como una mota de crepúsculo en el cuerno de la unicornia.

—¿Sabes qué soy, mariposa? —preguntó la unicornia, esperanzada.

A lo que la mariposa respondió:

—Bien lo sé. Eres una pescadera. Lo eres todo para mí, mi rayo de sol, eres vieja y gris, la que carga con el sueño, eres mi Mary Jane escabechada y tuberculosa. —Se detuvo un instante, aleteó contra el viento y añadió—: Eres la campanilla dorada que pende de mi corazón. Me haría pedazos con tal de poder llamarte por tu nombre una sola vez.

—Dilo, pues. Di mi nombre —suplicó la unicornia—. Si sabes mi nombre, dilo.

—Rumpelstiltskin —replicó la mariposa con alegría—. ¡Te pillé! Te quedas sin medalla. —Bailoteó y titiló sobre el cuerno mientras cantaba—. Regresa a tu hogar, Bill Bailey, regresa a tu hogar, al lugar al que antes no se podía ir. Manos a la obra, Winsoki, vamos a por una estrella fugaz. La arcilla yace queda, pero la sangre es errante, así que deberán llamarme «matadiablos» de ahora en adelante.*

Sus ojos lanzaban destellos rojizos con el brillo del cuerno.

La unicornia suspiró y siguió al paso, a la vez divertida y decepcionada. «Te está bien empleado», se dijo a sí misma. «¿Cómo se te ocurre esperar que una mariposa conozca tu nombre? Sólo saben de poesía, canciones y cualquier cosa que les llegue de oídas. No tienen mala intención, pero son inca-

* La canción de la mariposa es una amalgama de versos extraídos de las canciones *Bill Bailey Won't You Please Come Home*, de Hughie Cannon y popularizada por Ella Fitzgerald, *Buckle Down, Winsoki*, tema de la película musical *La reina de corazones* (dir. Edward Buzzell, 1943), y de la escena IV del primer acto de la obra *La trágica historia del doctor Fausto*, de Christopher Marlowe. Las tres referencias hacen alusión, en mayor o menor medida, al consumo de alcohol, la diversión despreocupada y la fanfarronería. *N. del T.*

paces de hacer nada a derechas. ¿Y por qué deberían, con lo poco que viven?».

La mariposa se pavoneó ante sus ojos y siguió cantando:
—Un, dos, tres, al escondite inglés —entonó mientras giraba y giraba—. No, vampiro de mi mente, no pienso contemplar la posibilidad de tomar ese camino solitario. Pues, oh, qué minutos malditos cuenta aquel que dice adorar, pero aun así duda. Apúrate, ninfa del júbilo, y trae contigo una hueste de alegorías furiosas que pueda comandar, esas que sólo estarán disponibles a precio reducido durante los próximos tres días. Te quiero, te quiero, oh, el horror, el horror, y atrás, bruja, atrás, en verdad has escogido un mal lugar en el que quedar lisiada, oh, sauce, sauce, sauce.

Su voz tintineó en la cabeza de la unicornia como monedas de plata.

Ambas viajaron juntas durante los restos menguantes del día, pero cuando el sol se puso y el cielo se pobló de peces rosáceos, la mariposa emprendió el vuelo desde el cuerno y flotó en el aire ante la unicornia.

—Debo tomar la línea A del metro —dijo con educación.

Sobreimpresas a las nubes, sus aterciopeladas alas se mostraban surcadas de delicadas vetas negras.

—Adiós —dijo la unicornia—. Ojalá escuches muchas más canciones. —Que era, para ella, el mejor modo de despedirse de una mariposa.

Pero, en lugar de alejarse, el insecto aleteó sobre su cabeza, de repente menos elegante y algo alterado al flotar en el melancólico aire nocturno.

—Vete —apremió la unicornia—. Hace demasiado frío para que estés aquí afuera.

Pero la mariposa seguía remoloneando y tarareaba para sí.

—Montan aquel caballo al que llaman Macedonai. —Entonó con desconcierto; luego dijo, muy claro—: Unicornio. Del francés antiguo *unicorn*. A su vez, del latín, *unicornis*. Literalmente, «de un solo cuerno»: *unus*, uno, y *cornu*, cuerno. Animal fantástico similar a un caballo y que luce un cuerno en la frente. Oh, soy cocinero y el valiente capitán y segundo de abordo del bergantín Nancy. ¿Alguien sabe dónde está Kelly?

Bailoteó con alegría en el aire y las primeras luciérnagas parpadearon a su alrededor, maravilladas y dubitativas. La unicornia estaba tan sorprendida y feliz por la mención a su especie que pasó por alto la referencia a los caballos.

—¡Me conoces! —exclamó. El soprido de su agitado alieno alejó a la mariposa un par de metros—. Mariposa, si de verdad sabes qué soy, dime que has visto a otros como yo, dime dónde encontrarlos. ¿Dónde han ido?

—Mariposa, mariposa, dime alguna cosa —cantó el insecto, envuelto en penumbra—. El loco agridulce está a punto de hacer acto de presencia. ¡Dios! Ojalá tuviese de nuevo a mi amor entre mis brazos y de vuelta en mi cama.

Volvió a posarse en el cuerno de la unicornia, que sintió cómo la mariposa se encogía en un escalofrío.

—Por favor —pidió—, sólo quiero saber si quedan otros unicornios en el mundo. Mariposa, dime que hay más como yo y te creeré y regresaré a mi bosque. He estado fuera mucho tiempo y me prometí a mí misma que volvería pronto.

—Pasadas las montañas de la luna —dijo la mariposa—, bajando por el valle de las sombras, cabalga, cabalga sin temer nada ni a nadie. —Se detuvo abruptamente y, a continuación, con voz extraña, dijo—: No, no, escucha, no me hagas caso, escucha... Darás con los tuyos si eres valiente. Recorrieron

todos los caminos hace ya mucho y el Toro Rojo fue tras ellos y borró sus huellas. No te desanimes, pero ten cuidado.

Sus alas acariciaron el pelaje de la unicornia.

—¿El Toro Rojo? —preguntó ella—. ¿Qué es el Toro Rojo?

La mariposa cantó una vez más:

—Sígueme, sígueme, sígueme, sígueme... —Pero entonces sacudió la cabeza con fuerza y recitó—: Su majestad, el toro primogénito; sus cuernos son los de un buey salvaje. Con ellos empujará a las gentes, todas las gentes, hasta los confines de la Tierra. Escucha, escucha con atención.

—Te estoy escuchando —replicó la unicornia—. ¿Dónde están los míos y qué es el Toro Rojo?

La mariposa descendió en picado hasta su oreja y rio.

—Tengo pesadillas en las que me arrastro por el suelo —canturreó—. Los perritos, Tray y Blanche y Sue, me ladran, las pequeñas serpientes me sisean, vienen los mendigos. Y, al fin, aquí llegan las almejas.

Bailó un poco más contra el anochecer y ante ella, y luego se sumió entre las sombras violáceas que flanqueaban el camino y entonó, insolente:

—¡O tú o yo, polilla! ¡Mano a mano a mano a mano!

Lo último que la unicornia pudo ver fue un liviano ale-teo entre los árboles, aunque podría ser que la vista la engañase, pues en aquel momento la noche ya estaba plagada de alas.

«Al menos me ha reconocido», pensó con tristeza. «Algo es algo». Pero inmediatamente se respondió a sí misma: «No, no es nada, no significa más que el hecho de que alguien compuso una vez una canción sobre los unicornios, o un poema. Lo del Toro Rojo, sin embargo... ¿Qué querrá decir? Supongo que formará parte de otra canción».

Avanzó despacio y la noche se cerró a su alrededor. El cielo era bajo y casi de un negro puro salvo por una mancha de plata amarillenta allí donde la luna pacía tras las gruesas nubes. La unicornia entonó en voz baja una canción que hace tiempo, en su bosque, oyó cantar a una muchacha.

*Gorriones y gatos se harán amigos
y aun así no vendrás a vivir conmigo.
Los peces saldrán andando del mar
y aun así conmigo no regresarás.*

No entendía las palabras, pero la canción le hacía recordar su hogar con añoranza. Pensó en cómo le había parecido es-
cuchar al otoño sacudir las hayas en cuanto inició su viaje.

Se tumbó en la fría hierba y se quedó dormida. Los uni-
cornios son las más cautelosas de las criaturas salvajes, pero
duermen profundamente. Sea como fuere, de no haber estado
soñando con su hogar, seguro que la hubiese despertado el
sonido de ruedas y cascabeles atravesando la noche en su di-
rección, a pesar de que dichas ruedas estaban amortiguadas
por trapos y dichos cascabeles iban envueltos en lana. Pero la
unicornia se hallaba muy lejos, más allá del alcance de las
campanillas, y ni se inmutó.

Nueve carros componían la caravana; cada uno de ellos cu-
bierto por una lona negra y tirado por un caballo del mismo
color, todos con barrotes laterales que parecían dientes cuando
el viento sacudía los toldos que los cubrían. El carromato en
cabeza, conducido por una anciana achaparrada, lucía en los
laterales unos carteles en los que se podía leer: FERIA DE ME-
DIANOCHÉ DE MAMÁ FORTUNA. Y, debajo del mensaje, en
letra más pequeña: «Criaturas de la oscuridad expuestas a la luz».

Cuando ese primer vagón llegó al lugar en el que la unicornia dormía, la mujer detuvo de pronto su caballo. Los demás carros también frenaron y esperaron en silencio mientras la anciana se apeaba torciendo el gesto. Se acercó a la unicornia, la observó un buen rato y, finalmente, dijo:

—Vaya... Bendita sea mi estampa. Y yo que pensaba que ya no volvería a ver uno de éstos jamás.

Su voz dejó en el aire un regusto a pólvora y miel.

—Si él supiese... —dijo, con una sonrisa de dientes como guijarros—. Pero no seré yo quien se lo cuente.

Giró la cabeza hacia los carromatos negros y chasqueó los dedos dos veces. Los conductores del segundo y tercer carro-mato se bajaron y se acercaron a ella. Uno era bajo, moreno y se mostraba tan impasible como la anciana. El otro era alto, delgado y daba la impresión de hallarse del todo perplejo; lucía una vieja capa negra y tenía los ojos verdes.

—¿Qué ves ahí? —preguntó la mujer al más bajo—. Dime, Rukh, ¿qué ves ahí tumbado?

—Un caballo muerto —respondió el hombre—. Ah, no, no está muerto. Dáselo a la mantícora o al dragón.

A continuación, dejó escapar una risita que sonó como rascar una cerilla.

—Eres idiota —dijo Mamá Fortuna. Luego, se dirigió al otro hombre—. ¿Tú qué dices mago, vidente, taumaturgo? ¿Qué ves con tu mirada de hechicero?

Tanto la anciana como el tal Rukh lanzaron una risotada que cesó cuando la primera se dio cuenta de que el tipo alto seguía con la mirada clavada en la unicornia.

—¡Responde, malabarista! —gruñó la mujer.

Pero el hombre ni siquiera la miró. La anciana alargó hacia él una de las manos como pinzas de cangrejo, lo agarró por la

barbillia y lo obligó a encararla. Los ojos amarillos de la mujer hicieron que el otro agachase la cabeza.

—Un caballo —musitó el hombre—. Una yegua blanca.

Mamá Fortuna se lo quedó mirando un rato largo.

—Tú también eres un necio, mago —dijo con desdén—, uno aún peor que Rukh y mucho más peligroso. Él miente por codicia, pero tú lo haces por miedo. ¿O quizás por amabilidad?

El hombre no dijo nada y Mamá Fortuna rio para sí.

—Está bien —dijo—. Es una yegua blanca. La quiero para la feria. Metedla en la novena jaula.

—Necesitaré una cuerda —dijo Rukh.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando la anciana lo detuvo.

—La única cuerda que serviría con ella es aquella con la que los viejos dioses sujetaron al lobo Fenris —le dijo al hombre—, hecha de hálito de pez, saliva de pájaro, la barba de una mujer, el maullido de un gato, los ligamentos de un oso y... Algo más... Ah, sí, ya recuerdo: las raíces de una montaña. Ya que no contamos con ninguno de esos elementos, ni con enanos que nos los fabriquen, tendremos que apañarnos con unos cuantos barrotes de hierro. Así pues, la sumiré en un sueño aún más profundo.

Las manos de Mamá Fortuna tejieron el aire nocturno mientras una serie de palabras desagradables le retumbaban en la garganta. Después de que la mujer finalizase el encantamiento, flotaba sobre la unicornia un peculiar olor a electricidad.

—Ahora, metedla en la jaula —ordenó la anciana a los dos hombres—. No despertará hasta el amanecer, por mucho jaleo que arméis. A no ser que, con la estupidez que os caracteriza, la toquéis. Desmontad la novena jaula y volved a montarla a

su alrededor. ¡Pero cuidado! Si una mano siquiera le roza la crin, se convertirá en la pezuña de burro que merece ser.

Volvió a dirigirse con sorna al más delgado y alto.

—Eso haría que tus truquitos te resultasen aún más difíciles, mago —le dijo—. A trabajar. No nos queda mucha noche por delante.

Cuando la mujer regresó a la oscuridad de su carro, como si sólo lo hubiese dejado un momento para dar testimonio, y ya no podía oírlos, el tal Rukh escupió en el suelo y dijo:

—Me pregunto qué será lo que preocupa tanto a la vieja. ¿Qué más dará si tocamos o no al bicho?

El mago le respondió con una voz suave, casi inaudible.

—El roce de una mano humana la despertaría del más profundo de los sueños que podría haberle inducido el mismísimo diablo. Y Mamá Fortuna no es siquiera un demonio.

—A ella le gustaría que creyésemos que sí lo es —replicó el otro—. Pezuñas de burro... ¡Venga ya! —Y, a pesar de lo dicho, hundió ambas manos en los bolsillos—. ¿Por qué iba a romperse el hechizo? No es más que una vetusta yegua blanca.

Pero el mago ya había echado a andar hacia el último de los carros negros.

—Date prisa —llamó por encima del hombro—. Pronto se hará de día.

Les llevó el resto de la noche desmontar los barrotes, el techo y el suelo de la novena jaula y luego montarlos de nuevo alrededor de la unicornia dormida. Rukh estaba comprobando que la puerta quedaba bien cerrada cuando los grises árboles al este prendieron y el animal abrió los ojos. Los dos hombres se escabulleron lo más rápido que pudieron, pero el

mago echó una mirada a su espalda justo en el momento en que la unicornia se alzaba sobre sus patas, observaba los barrantes de hierro y sacudía la cabeza como haría un anciano caballo blanco.